

NOTAS SOBRE HISTORIA LOCAL DE LA HABANA

34 4

Casa de familia acomodada de comienzos del siglo XIXPor Roig de Leuchsenring.

No son fuentes únicas de la historia los documentos que se conservan en archivos oficiales o particulares, ni el testimonio de los contemporáneos del acontecimiento o personaje que se desea estudiar, sino que también poseen valor indiscutible, las narraciones novelescas, como tales, hijas de la fantasía de sus autores, pero que, en muchos casos, tienen un fundamento realístico que les dá caracter de veracidad indiscutible aunque los hechos no ocurrieran exactamente como aparecen en la novela o el cuento, ni a las palabras puestas en boca de los ^{personajes} de la farsa pueda concedérseles absoluta veracidad.

Tal ocurre, por ejemplo, con las novelas y cuentos históricos o de costumbres, arsenal riquísimo, a veces, de antecedentes y datos aprovechables por el historiador.

Así, hoy, vamos a echar mano de la magnífica información que atesora el primero de los novelistas cubanos de todos los tiempos - Cirilo Villaverde - en su novela, por muchos conceptos valiosísima - Cecilia Valdés o la Loma del Angel - la que sin duda alguna, constituye la más palpitante y acabada pintura, en sus costumbres públicas y privadas, de la Cuba colonial y esclava de 1812 a 1831, y por la que desfilan cuantos personajes y personi-llas caracterizan la época: desde el precónsul español, hasta el infeliz esclavo, el negrero enriquecido con el comercio de ébano y la dama de calidad, el mayoral y el médico, el maestro de azúcar y el vicario, el polizante y el mayordomo, el magistrado y la mulata

el lacayo blanco y el capitán pedáneo....

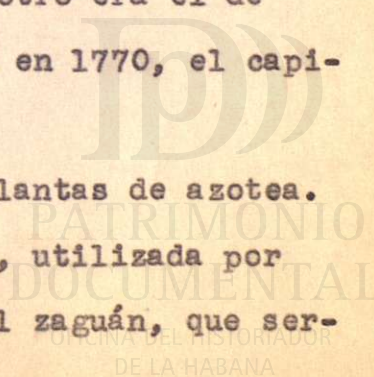
La casa y la familia de Leonardo Gamboa, nos ofrecen, por la posición social del jefe de familia, español emigrado a Cuba, y aquí enriquecido y casado con una criolla, y con hijos, de uno y otro sexo, cubanos también, ejemplos y modelos admirables del hogar habanero típico de aquellos tiempos.

Con muy buen acierto, Villaverde no eligió para protagonista de su novela, en lo que a la población blanca de Cuba se refiere, a los miembros de una familia netamente cubana, o sea en la que fueran nativos de esta tierra, además de los hijos y la esposa, el padre y hasta a los abuelos, sino que quiso presentar en esa familia del peninsular afincado en Cuba, el conflicto de intereses, necesidades, ideales, aspiraciones, caracteres, educación, sentimientos y pasiones que agitaban la sociedad habanera, y con ella la cubana, en esa primera mitad del siglo XIX.

Glosando a Villaverde, daremos a conocer, primero, el escenario en que se mueven los personajes principales de la novela, para ofrecer, después, la pintura de éstos y de su vida y costumbres.

La casa de Gamboa se encontraba situada "en una de las calles menos torcidas, con banquetas y losas en una o dos cuadras", del barrio de San Francisco, perteneciente al cuartel de "Campeche", en la división que en dos cuarteles (el otro era el de "La Punta") hizo de La Habana de "Intramuros", en 1770, el capitán general Bucarely.

Como casa de familia pudiente, era de dos plantas de azotea. La gran puerta, única de entrada, y, por tanto, utilizada por "dueños, criados, bestias y carruajes", daba al zaguán, que ser-



vía de cochera para guardar los quitrines de la familia.

El zaguán desembocaba en el comedor, amplia pieza en cuyo centro había una mesa de alas, de caoba, con capacidad para doce cubiertos, y alineadas frente a la puerta, en dos hileras, seis butacas. En un ángulo, el típico "jarrero" criollo, de caoba también, guardaba en su mitad inferior la gran piedra de filtrar el agua, la que iba cayendo, gota a gota, en la tinaja de barro, de donde era extraída con un jarro de hojalata cuyo borde terminaba en puntas a fin de impedir fuera utilizado para beber. En la mitad superior protegida por persianas, se hallaban colocados sobre dos tablas varios vasos de cristal y el mencionado jarro de hojalata. En lo alto, y sobre el mármol que cubría el mueble, dos jarros de Málaga con sus platillos y tapa del mismo material, y alguna frutera o salvilla y botellas de cristal. Como el comedor daba al patio, estaba protegido de la lluvia y el sol, en los dos arcos que formaban los grandes huecos de la pared, por persianas de madera pintadas de blanco y azul celeste y rematadas por medios puntos de cristales de colores blanco, azul, rojo, verde y amarillo; y para dar sombra y fresco, aun más, al comedor, de lo alto de los arcos, por la parte del patio, colgaban dos cortinas de cañamazo, que, como dice Villaverde, "se arrollaban y desarrollaban lo mismo que los telones de los teatros". El comedor comunicaba, además de con el patio, con la sala y el primer cuarto, y por medio de una escalera de piedra con pasamanos de cedro, con la planta alta de la casa.

Tal vez más que la sala, reservada para recibir a las visi-

tas de cumplido, o para las fiestas, era el comedor en la casa habanera de los tiempos coloniales, el lugar preferido de reunión de toda la familia, y sitio habitual de tertulia, no sólo durante las horas del desayuno, el almuerzo y la comida, sino también en la sobremesa que siempre completaban aquél y ésta, prolongándose a veces durante algunas horas. En el comedor cambiaban noticias e impresiones los padres con los hijos, y se planteaban y resolvían problemas íntimos de la familia, sin que fuera para ello obstáculo la presencia de los criados, pues, viejos esclavos o hijos de éstos nacidos en la casa, eran confidentes de los "niños" y hasta del "amo" y la "amita", por lo que gozaban de la confianza de la familia, garantizada su fidelidad por la misma dolorosa condición social que padecían.

La sala, separada del zaguán por una pared medianera en cuyo centro se abría una reja de hierro, daba a la calle y sus dos grandes ventanas voladizas, de hierro también, ostentaban en su mitad inferior sendos postigos que permanecían abiertos en las tardes y noches a fin de que recordadas en ellos pudieran las damas de la casa contemplar mejor la calle o conversar con algún amigo transeunte. Iluminaba la estancia una lámpara de petróleo, con su bomba de cristal, colgada por cadenas de la viga principal del techo. En la pared del costado, frente a la reja del zaguán, dos grandes retratos al óleo de una dama y un caballero, los dueños de la casa, con sus marcos dorados o de brillante ébano. Estos retratos a veces eran sustituidos por otros pintados al creyón, y en ocasiones, también se aumentaba la "galería" con las efigies, al óleo o al creyón, de los progenitores de los dueños de la casa. Debajo de los retratos, un sofá al que hacían es-

colta seis sillones, muebles que en los tiempos en que se desarrolla la novela de Villaverde, eran de caoba con asiento y respaldo de marroquí rojo, y que después fueron sustituidos por sofá, sillones y sillas a lo Luis XV pintados de negro y con asientos y respaldos de rejillas, sirviendo, además, de aditamento a los sillones, sendas banqueticas para descansar los pies. En los cuatro ángulos, rinconeras de caoba, sosteniendo floreros de china con flores de trapo y velones con guardabrisas de cristal y su pie de plata u otro metal. Entre las dos ventanas de la calle, adosada a la pared, una mesa alta, de mármol con pies dorados y descansando sobre ella un espejo cuadrilongo y un reloj y dos candelabros dorados para varias bujías. En época posterior, estos espejo y mesa formaban parte de lo que se llamaba "juego de sala" Luis XV.

El patio, de forma cuadrilátera, tenía en su centro o en uno de sus ángulos o costados el brocal de piedra de un aljibe o cisterna al que se vertía, mediante canales de hojalata, el agua de lluvia de los tejados. Más tarde, el aljibe fué sustituido en muchas casas por un pozo, del que se extraía el agua ya mediante un cubo atado a una soga, con su polea correspondiente, ya con una bomba de mano. A veces adornaba el patio un cantero con algunas plantas entre las que no faltaban las matas de albahaca, los mantos, adelfas y algunas yerbas medicinales como el toronjil, la yerba buena, el llantén, la savia y la cañita santa. Estaba separado el patio de la cocina con su fogón de campana de varias hornillas, las caballerizas y los cuartos de los caleseros y demás criados, y la letrina, por una tapia que se abría en uno de sus lados por un arco.

A continuación del zaguán, y en el ala derecha, los cuartos escritorios, el primero de los cuales, con su caja de hierro, mesa escritorio y carpeta doble y alta con banquillos de madera sin respaldo, servía de oficina-despacho al dueño de la casa.

Completaban la planta baja algunos cuartos destinados al desahogo de la familia, para costura, depósito de baúles, y para los huéspedes, y los que tenían entrada por la sala, con puerta y ventana al comedor y al patio.

La planta alta sólo contenía la antesala, donde desembocaba la escalera, y la hilera de cuartos dormitorios y el estudio de los hijos de la familia. Los muebles, pocos y sencillos, consistían en camas de caoba, que después fueron de hierro, con su indispensable mosquitero de muselina blanca o de rengue azul con sus lazos del mismo color; armarios y perchas o casaqueros de caoba; sillas con asientos de paja y algún sofá negro de cerda.

De las puertas y ventanas de los cuartos, tanto de la planta alta como de la baja, utilizados por la familia, pendían sendas cortinas de muselina blanca con flecos de algodón, "como para dar libre paso al aire y ocultar sus inferioridades de las miradas de los que pasaban por el comedor y el patio".

Tal era, a grandes rasgos descrita, una casa habanera de la primera mitad del siglo XIX, casa de la que sólo falta decir, con palabras de Villaverde, que "respiraba por todas partes aseo, limpieza y... lujo, porque tal puede llamarse, en efecto, si se tiene en cuenta el país, la época de que se habla, el estilo y la calidad del mueblaje, los dos carruajes en el zaguán y la capacidad misma de la morada".

PASEOS DE AUTOS

Cecilia Valdés , p. 108.

PATRIMONIO
DOCUMENTALOFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA